

## Teseo en el *carrefur*

Frente a Teseo, reluciente en todo su esplendor, se extendía el laberinto, construido aquí y allá por enhiestas hileras de estantería colmadas de abastos y ultramarinos, cuando no sobre sólidos contenedores rebosantes de aparejos y cachivaches. El ateniense, que era inmortal en sus aspiraciones y empeños pero inequívocamente mundano en sus necesidades, nunca se habría enamorado de la Paqui si no hubiera sido por su incontenible apego al queso añejo. Y es que, por extraordinario que parezca, su amor por la empleada del centro comercial se había fraguado entre incesantes visitas a la bandeja que, de aquella ambrosía patria, la chica distribuía de forma gratuita a cuantos transeúntes deambulaban por los pasillos.

Tras varias incursiones de lácteo tanteo, llegó por fin la gloriosa tarde en que decidió enredar a la Paqui en una fuga romántica y, en consecuencia, convencerla de que abandonara sin recelos al guardia de seguridad que ejercía de pretendiente cuando los turnos y la fortuna lo permitían. Se adentró en el moderno dédalo aunque, si hemos de ser fieles a la verdad, sin un pleno convencimiento en el logro de su tarea, por eso invocó en la memoria su triunfo en aquel otro de la antigüedad cuando, haciendo acopio de su genio griego, se aventuró para concitar el deseo y el valor en una apuesta de maquias y prosodia.

“Yo canturreo y me cabreo, ¿caso es este un laberinto muy diferente?”, se dijo para sí en un intento de reafirmarse en su arrojo. Por si le flaqueaban el ánimo o las piernas o, tal vez, para evitar quedarse mudo ante la arrebolada belleza de la Paqui, arrebató a la estantería una botella de JB y empezó a digerirla en breves chupitos al amparo de una columna de cajas de mazapán. “Si ese minotauro uniformado me ve, me la cargo o me lo cargo”, empezaba a entonarse el argonauta cuando a los sorbos les sucedieron tragos cada vez más largos.

Y así fue que cuando se presentó ante su amada ninfa, su porte distaba mucho de la compostura propia de los héroes. Al estado de despreocupada temeridad se le unía el hecho de que la transparencia de la camisa de la Paqui le dejaba intuir sobre su piel “el enjambre..., el embrague..., el encaje”, quería decir, “¡maldita borrachera!”. Todo ello contribuyó a que en su declaración de amor se unieran por igual el desatino y la paradoja. “Si quisieras podrías ser Ariadna, aunque la etiqueta sobre tu pecho diga al mundo lo contrario, porque llamarse Paqui es justo lo contrario de llamarse Ariadna. No importa, huyamos”. Absorto en los ojos encendidos de la muchacha no percibió la

llegada abrupta del guardia de seguridad que se abatió sobre él con inusitada contundencia. Habría que aclarar, llegados a este punto, que a un habitual celo profesional, al minotauro le iban también en el empeño las ganas que desde hacía algún tiempo le tenía al infeliz Teseo, justo desde el momento en que descubriera que a éste le había dado por rondar a su novia.

Maltrecho, desarrapado y con algunos moratones que hacían aún más patética su figura, el ateniense salió finalmente del laberinto escoltado por el fiero guardián. Desvió por un instante su atención hacia la muchacha que lo observaba, desolada por la fallida peripecia amorosa. Teseo le dirigió una cándida mirada y emitió una súplica final que ella, sin embargo, no acabó de entender entre la estridencia del hilo musical y el bullicio propio de los que se habían congregado atraídos por el tumulto. “Desentrañemos el hilo que nos ata y nos separa, por ti arrebaté a la estantería una botella de JB y le di algunos tragos. Me arrepiento ahora, no soy un tipo vulgar, debería haber elegido un buen malta escocés”.